

se las ve y se las siente tan pronto como se ve la luz y como se siente el calor. Así como es imposible confundir la vida con la muerte, así es imposible confundir el cristianismo con los falsos cultos que han corrompido sus tradiciones. Lejos de oscurecerse con estos disfraces, debidos á la libertad del hombre, el cristianismo toma en ellos la prueba de que es indestructible é inimitable, y por consiguiente divino. Permanece tanto mas grande, cuanto mas se le compara; tanto mas solo, cuanto que tiene rivales; tanto mas fácil de reconocer, cuanto que debe ser discernido. Aunque hubiera mil estrellas en el firmamento de la religion como en el de la naturaleza, la vista no descubre en él mas que un astro soberano. El que niega el sol es ciego del cuerpo; el que niega el cristianismo es ciego del alma.

SERMON QUINCUGÉSIMO QUINTO.

De la necesidad de la comunicacion sobrenatural del hombre con Dios.

Hemos dado un gran paso. La cuestion consistia en saber si existe en el comercio del hombre con Dios un orden de relaciones sobrepuesto al orden de la naturaleza y de la razon. Hemos establecido que existia este orden, puesto que la humanidad obra por todas partes y siempre como si existiera. Respondiendo despues á una objecion sacada de la falta de unidad que presenta el orden sobrenatural en el conjunto de las religiones positivas que se reparten el mundo, hemos demostrado que se alteró efectivamente el orden sobrenatural por la accion libre del hombre, aun cuando no habia podido destruirlo en ninguna parte: de manera, que tenemos aquí en favor de la verdad el testimonio mismo del error. Porque no solamente no ha destruido el error, á pesar de su potestad corruptora, la forma sobrenatural del establecimiento religioso, sino que ni aun ha conseguido dar á los cultos falsos un carácter especioso de divinidad. Solo el cristianismo posee una fisonomía sobrehumana que manda al espíritu el exámen y el respeto; solo él aparece entre Dios y el hombre como la expresion posible de sus relaciones.

Sentado esto, señores, la cuestion del orden sobrenatural no se ha agotado aun; solo hemos considerado de él la parte exterior, y el racionalismo nos llama á la interior. El racionalismo nos pregunta qué es lo que quiere decir un orden superior á la naturaleza y á la razon, un orden que supone que no tiene la inteligencia lo necesario para conocer, y la voluntad lo necesario para obrar. Cuando Omar fué consultado para saber lo que debia hacerse de la biblioteca de Alejandría, respondió: O los libros de la biblioteca de Alejandría dicen lo mismo que el Corán, y en este caso deben quemarse por inútiles, ó dicen otra cosa que el Corán, y en tal caso deben quemarse como peligrosos. Lo mismo puede decirse aquí: ó el orden sobrenatural entra en la luz y en la actividad del orden natural, y entonces ¿de qué sirve? O no entra en este orden, y entonces, siendo ininteligible

á la razon, é inconciliable con la naturaleza, ¿de qué sirve tampoco? ¿Qué motivo puede además haber tenido Dios para rehusar á nuestra organizacion interior la unidad que ha puesto en todas sus obras, y para formarnos un espíritu que necesite para ser suficiente á sus funciones, completarse con un aparato que viene de afuera?

En una palabra, se nos disputa la nocion misma del orden sobrenatural; se le acusa de introducir en el plan de la creacion un resorte por lo menos arbitrario y supérfluo. Y yo afirmo, en nombre de la Iglesia, que este resorte es necesario, necesario de una necesidad absoluta, supuesto que haya querido Dios darnos un pleno conocimiento y una plena posesion de él, como desde el principio de las cosas lo habia en efecto querido y preparado. Yo lo probaré por uno y otro elemento del orden sobrenatural, es decir, por la profecía que es el complemento de nuestra luz interior, y por el sacramento que es el complemento de nuestra libre actividad.

Cuando se llega á considerar, señores, el trabajo intelectual que ha realizado el hombre en el mundo, no se puede contener un movimiento de estupor y de admiracion. Colocado el hombre en esta tierra como en una isla, cuyo océano es el cielo, ha querido conocer el lugar de su tránsito; pero se oponian á su designio innumerables barreras levantadas á su alrededor, y le impedian tomar posesion de su imperio y de su destierro. La mar le oponia los celos de sus olas; él ha mirado la mar y ha pasado adelante. La proa de su genio ha tocado las riberas mas inaccesibles; él le ha dado la vuelta, ha dibujado sus pliegues, y despues de algunos siglos de una audacia mas tenaz que las tempestades, dominador apacible de las aguas, se pasea donde quiere y cuando quiere por la superficie domada de su inmensidad. Envía sus órdenes á todos los escollos que han llegado á ser puertos; les toma prestado, por medio de cambios incesantes, el lujo y el orgullo de su vida, mezclando juntos todos los climas, para no hacer de ellos, por divididos que estén, mas que un servidor único que obedece en todos los puntos del globo á sus deseos soberanos.

Otro mar mas vasto, mas profundo aún, coleccion de misterios infinitos, derramaba sobre su cabeza sus ondas pobladas de estrellas. Él, simple pastor entonces, errante en pos de sus rebaños, en los campos de la Caldea, miró el cielo por entre las puras noches del Oriente. Auxiliado por el silencio ha dicho á los astros su nombre, conocido su marcha, penetrado el secreto de sus oscurecimientos, predicho su desaparicion y su regreso; y todo este ejército luminoso no ha cesado, como si hubiera tomado sus órdenes en los ojos del

hombre, de acudir, en un cielo exacto, á la cita donde le esperaba el observador. El astro mismo que solo aparece un dia en muchos siglos no ha podido ocultarnos su curso: llamado á hora fija, se desprende de las profundidades inenarrables donde no le sigue mirada alguna; viene, aborda á un punto señalado anticipadamente en nuestro estrecho horizonte, y saludando con su luz la inteligencia que le ha profetizado, vuelve á las soledades donde solo lo infinito no lo pierde jamás de vista.

Pero entre la tierra y el cielo, entre la morada del hombre y la de las estrellas, se extendia un espacio distinto de ambos, menos sutil que el uno, menos tosco que el otro, habitado por los vientos y las borrascas, y penetrando con sus activas influencias todos los resortes de nuestra vida. El hombre ha reconocido á estos compañeros invisibles de su ser; ha descompuesto el aire que respira, y percibido los varios visos del flúido que le ilumina; no ha sabido apreciar menos la ligereza del uno que la pesantez del otro. En vano el rayo, esa viva imágen de la omnipotencia divina, parecia desafiar la osadía de sus investigaciones; como un gigante que todo lo ha abatido á su alrededor, y que se indigna de hallar un obstáculo, ha luchado á brazo partido con este resumen terrible de las fuerzas de la naturaleza, y mas señor que nunca, ha tratado al rayo como á un niño á quien se le conduce con un hilo, ya parándole respetuoso en la cima de los palacios y de los templos, ya obligándole á precipitarse por rutas inofensivas en los mudos abismos de la tierra. La tierra, el mar, el cielo y todas sus antorchas, el aire y todos sus fenómenos, nada de dentro y de fuera habia podido sustraerse á la inteligencia del hombre. La observacion le habia revelado los hechos, y los hechos le habian conducido á las causas y á las leyes. Y estas ciencias particulares, rayos dispersos de un foco comun, venian á reunirse y á iluminarse en una ciencia mas general, que, entregándonos los misterios abstractos del número, de la extension y del movimiento, ponía desnudos ante nosotros los elementos eternos de todas las cosas creadas.

¿Pero es esto todo? ¿Se ha detenido aquí el rey del mundo? ¿Guardaos de creerlo! Si no hubiera ido mas lejos, hubiera sido esto obra del poeta, del sabio, del artista, ó bien del hombre, pero no del hombre divino. Ahora bien, él era divino y todos los mundos visibles no tenian en sí con que saciar su inteligencia y que pudiera servir de reposo á su corazon. Así pues, el hombre subió mas alto; preguntóse lo que habia mas allá de las estrellas, cuál es el orbe que mueve

todos estos orbes medidos por su compás, y se respondió: lo infinito. Porque como lo finito no se contiene á sí mismo, no puede ser limitado sino por lo infinito. ¿Pero qué es lo infinito? ¿Es un espacio vacío multiplicándose sin cesar ante sí mismo, un abismo sin bordes, llamando á sí, para darle cabida, toda vida real y toda vida posible, sin estar él mismo vivo? El hombre que habia mirado el mar y el cielo, ha mirado sin palidecer este otro cielo y esta otra mar; cualquiera que fuere la naturaleza del espacio intelectual donde se ocupase su pensamiento mas allá de todas las cosas sensibles, ha comprendido que no estaba allí el principio del ser, de la vida y del movimiento. Ha pasado mas lejos: ha desbordado lo infinito real, y viéndole sin verle, definiéndole sin definirle, llegando al término de toda verdad, ha dicho con una voz, que ha sido la primera y que será la última:

Y mas allá de los cielos
El Dios del cielo reside.

¡No me turbeis, señores, dejadme trémulo ante la grandeza del hombre; ahora mismo solo removía el polvo, y vedle ahí que toca á Dios!

Y no obstante, señores, ¿no hay en vuestra alma alguna tristeza? ¿Nada hay de oscuro y desconocido en vuestra inteligencia? Hubo una vez, en los bellos tiempos de Grecia, un sabio que servía á su país con la espada, al mismo tiempo que le servía con lecciones que han merecido el honor de preparar la sabiduría humana á inclinarse ante el Evangelio de la sabiduría divina. Sócrates, porque tal era el sabio, salió una mañana de su tienda, se sentó á la puerta, y ocultando su cabeza en sus dos manos, permaneció pensativo. Levantóse el sol, conmovióse el ejército, pasaron las avanzadas, todo el estrépito de un campamento envolvió su embelesamiento; pero él, inmóvil y como fuera de sí mismo, dejó venir la noche, sin haber tenido la fuerza ó el pensamiento de levantar su cabeza caída sobre sus rodillas. ¿En qué pensaba aquel grande hombre? ¿Qué doloroso misterio habia sido capaz de ocultarle las horas, y de llenar el espacio de una meditacion tan perseverante? ¡Ah! señores, el mismo misterio que os atormenta y que os conduce aquí: sin tratar de rebajar vuestra razon despues de haberla realzado tanto ahora mismo, no puedo preguntaros con Sócrates: ¿Qué sabeis vosotros? ¿No puedo yo dirigirlos á vosotros, hijos de los sabios, esta pregunta que él dirigia á los sabios de su tiempo? ¿Por ventura han mudado la condicion del género humano veinte siglos transcurridos despues de Sócrates, y han hecho descender en vosotros la plenitud de luz

que faltaba al maestro de Platon? Una luz, es cierto, una gran luz ha brotado sobre el mundo desde que se cerró la boca de Sócrates bebiendo la cicuta; pero ella descendia del Calvario, y no de la razon. Los que no la recibieron en la obediencia de la fe, lejos de ser iluminados por ella, han visto acrecerse la sombra y la incertidumbre de sus pensamientos; porque han añadido una cuestion temible á todas las cuestiones, cuyo enigma persigue nuestro entendimiento. Os lo digo, pues, sin temor de contradecirme ni de ofenderos: hay una cosa que no sabeis, cuando solo preguntais para saberla á vuestra propia inteligencia. Quienquiera que seais, filósofo ó pastor, escribiendo con una pluma de oro páginas que llenarán la posteridad de un inmortal incienso, ó bien oscuro artesano de una vida sin porvenir, hay una cosa que no sabeis. Ya he dicho lo que sabeis: lo que no conoceis es á vosotros mismos, es vuestra alma, es la razon de vuestra alma, es vuestro destino. Vosotros lo sabeis todo, excepto el secreto de vuestra vida. No investigo aun la razon de esto, no hago mas que exponer el hecho. ¿Es imperecedera vuestra alma por su naturaleza? ¿Por qué está unida á un cuerpo? ¿Por qué se separa de él en cierto momento? ¿Dónde va al salir de su cárcel de un dia? ¿Qué es la muerte? ¿Qué es el lugar donde han descendido vuestros padres, donde os esperan, ese lugar que os llama, que os dice por boca de Bossuet, *que las clases y las filas están allí apiñadas?* ¿Lo sabeis con certeza? ¿Lo sabeis mejor que Sócrates colocado por la injusticia enfrente del porvenir, y adquiriendo en su condenacion una seguridad nueva de nuestra inmortalidad?

Si consulto la historia de la sabiduría humana, la veo ir á este misterio por todos sus caminos, pero por caminos muy diferentes. Platon afirma, Ciceron duda, Epicuro niega, y constantemente se distribuye el entendimiento humano en estas tres zonas del pensamiento. Si quiere despues de edades de fe restaurar en los tiempos modernos la filosofia independiente, Descartes comienza por la afirmacion, continúa Bayle por la duda, acaba Voltaire por la negacion. La actividad filosófica no necesita de dos siglos para completar este ciclo fatal, cuyo resultado es el que veis; es decir, una sociedad sin creencias fijas, dividida en mil opiniones, de que cada una se dice la verdadera, de que cada una tiene sus heraldos, sus esperanzas, sus reveses, y que disputando por edificar, solo se encuentran en un punto ¡destruir! Los griegos habian dado al mundo este espectáculo, los romanos lo renovaron; y nosotros, dos mil años despues de la leccion que nos han dado estas ruinas, hemos querido recibir

de ellas por nosotros mismos su formidable enseñanza. Aquí está, señores, miradla, aprended en ella al menos el límite de vuestra inteligencia, y la necesidad en que estais de otra luz que la vuestra para conoceros á vosotros mismos.

Pero ¿de dónde nos viene esta ignorancia de nuestros propios destinos? ¿De dónde viene que habiendo penetrado tan lejos y tan alto en los misterios de la naturaleza, se turbe nuestra vista cuando la dirigimos á lo que no es íntimo y personal? Señores, no es difícil comprender la razon. Todos los fenómenos de la naturaleza son hechos que están presentes á nuestros ojos; y las leyes matemáticas que los rigen, además de que se manifiestan en cuerpos sensibles y limitados, pertenecen á la esencia invariable de las cosas, la cual está presente á vuestra mente y constituye la luz inteligible de que se halla iluminada. El mismo ser divino se revela á nosotros por el universo, el cual, por grande que sea, nos obliga á buscarle una causa, causa que no puede ser mas que lo infinito en el estado personal, es decir, Dios. Así pues, tenemos los dos extremos de la cadena, lo finito y lo infinito, el mundo y Dios. Pero cuando se trata de penetrar el secreto de nuestro destino, allí nos hacen falta todos nuestros medios naturales de conocerle. Nuestro destino no es un fenómeno presente á nuestras miradas; abraza un pasado que nos es invisible, un porvenir que lo es igualmente. No es esto tampoco una ley que pertenezca á la esencia de las cosas, puesto que podíamos ser ó no ser, vivir un día ó mil años. Nuestro destino es una relacion entre dos seres libres, uno de los cuales es finito y el otro infinito. Él depende del concurso de dos voluntades diferentemente soberanas, una de las cuales ha dado lo que no debía, y la otra puede rehusar lo que no esperaba.

Ahora bien, ¿cómo conocer racionalmente la voluntad de otro? ¿Cómo ha de ver la razon interiormente y necesariamente un acto que puede ser ó no ser? Sin duda que Dios tiene en su naturaleza reglas inmutables de justicia y de bondad, cuyo reflejo ilumina nuestra conciencia y nos pone en la via de sus operaciones. Pero ni la justicia ni la bondad le imponen en sus dones una medida absolutamente determinada. Él era libre de crear ó de no crear, libre de llamarnos á la vida mas tarde ó mas temprano, libre de unirse á nosotros mas ó menos durable é íntimamente. ¿Quién dirá, por ejemplo, que la alianza de la naturaleza divina con la naturaleza humana por la encarnacion era metafísicamente necesaria? Pues bien, si no era necesaria era libre; y si era libre, ¿cómo la hubiera percibido la inteligencia de otro modo que bajo la forma de una simple posibili-

dad? Y esta posibilidad misma es lo que constituye el misterio. Héme aquí, ser viviente, vedme aquí enfrente de la eternidad, que mi espíritu descubre en rededor mio como el horizonte natural de mi ser. ¿Estoy en ella por una hora, por un siglo, por siempre? La eternidad que es mi principio ¿es mi derecho y mi objeto? Si yo viese claramente que no, no habria misterio: si viese claramente que sí, tampoco lo habria; pero vacilo ante el sí, y ante el no, porque los dos son posibles. Lo necesario se vé; lo posible se entrevé: lo necesario es el día; lo posible es la noche, ¿Quién resolverá la duda? ¿Quién nos dirá de dos cosas contradictorias, igualmente realizables, esta es la que se ha realizado, esta es lo real? La razon no puede decirlo, porque no lo podria decir sino cambiando lo posible en necesario, lo que es absurdo. Confieso que entre lo necesario y lo posible se encuentra lo probable; pero lo probable no da la certidumbre, inclina al espíritu sin subyugarle. Sócrates murió, vengándose de sus jueces con la esperanza de la inmortalidad, y el Phedon es el monumento imperecedero de esta heroica venganza; pero lo que bastaba á los remordimientos de sus jueces y á la grandeza de su alma no bastaba al consuelo de sus amigos. Otra muerte que la de un sabio, otra palabra que la de un hombre, debía dar al género humano la certidumbre de su inmortalidad.

Además, la inmortalidad no es todo: hay muchas cosas que permanecen en ella oscuras, y aunque fuese segura ó cierta, el espíritu se preguntaria aún: ¿Qué es la inmortalidad? ¿Veremos en ella á Dios? ¿Le veremos cara á cara? ¿Será para nuestro ojo transfigurado lo que es hoy la naturaleza para nuestro ojo mortal? El abismo de lo infinito no tiene fondo; y esta es la segunda causa de la impotencia en que está la razon para darse cuenta exacta de los últimos fines del hombre, como llama el cristianismo elocuentemente al dogma de los destinos.

En toda otra ciencia, la cuestion va de lo finito á lo finito. Las mismas matemáticas no son mas que la ley general de los cuerpos; y si se las considera de un modo abstracto, en cuanto sujetan á un cálculo cantidades indeterminadas, no llegan mas allá de lo indefinido, es decir, mas allá de una progresion que se supone constantemente creciente ó decreciente, y á la que sirve la unidad de punto de partida. Pero en la ciencia de los fines postreros, la cuestion va de la nada á lo infinito. Trátase de saber, si nos lleva la muerte á la existencia ó si nos conduce á la eternidad; si somos un simple fenómeno medido por el tiempo, ó un astro que ha salido de Dios para

volver á él; y cuál es la ley de esta curva que describimos alrededor del centro, que es nuestro principio y nuestro fin. Aun dejando aparte la intencion de Dios respecto á nosotros, ¡intencion evidentemente insondable por la razon, como acabo de demostrar, queda aún la dificultad propia á lo infinito, considerada en sí. Santo Tomás de Aquino ha dicho: « La verdad es la ecuacion de la inteligencia con su objeto. » Pero ¿ cómo una inteligencia finita ha de estar en ecuacion con un objeto que no lo es? Y si es imposible esta ecuacion, ¿ cómo sabríamos por nosotros mismos la verdad sobre Dios y sobre nuestras relaciones con él? Podemos afirmar decididamente que existe Dios, porque nuestro espíritu superior al universo descubre en él la necesidad de una causa que le es superior. Podemos afirmar tambien que esta causa es infinita, porque si no lo fuese, no sería mas que otro universo, tan incapaz como el primero de subsistir por sí. Pero nuestro espíritu, aunque superior al universo, no es igual á Dios; flota entre estos dos extremos, sobrepujando al uno, sobrepujado por el otro, y no conociendo aún enteramente al que se halla bajo su esfera, porque la ciencia total del fenómeno exigiria la ciencia total de la causa, que es Dios. Dios, dice la Escritura, habita una *luz inaccessible*; es á un tiempo mismo lo mas claro y mas impenetrable que existe. Quitad la idea que tenemos de él, y desaparece toda claridad de nuestro entendimiento; la verdad llega á ser en él un sueño, y la justicia un nombre. Pero si queremos penetrar hasta el fondo de la divina esencia, nuestra vista se embota, y no aperecimos ya, en una inmensurable lejanía, mas que una escintilacion que nos deslumbra y nos roba la luz por medio de la luz misma. Trátase de la naturaleza metafísica de Dios, por ejemplo, y me pregunto: ¿ Es Dios un ser solitario, ó tiene relaciones en sí? Cualquiera que sea la respuesta que me dé, me respondo un misterio. Se trata de su naturaleza moral, y pregunto: ¿Cuál es en Dios la proporción de la justicia y de la bondad? Respóndame yo lo que quiera, me respondo otro misterio. Y sin embargo, si ignoro estas cosas, ¿ puedo saber la ley de mis relaciones con Dios? ¿ puedo saber lo que debo temer ó esperar de él?

Tal vez me diréis ¿ pero por qué no nos ha dado Dios un espíritu mas penetrante? ¡ Ah! señores, por mucha penetracion que nos hubiera dado ¿ hubiera igualado nunca á la profundidad de su esencia, que es infinita? ¿ Hubiera satisfecho á la definicion de Santo Tomás de Aquino: « La verdad es una ecuacion de la inteligencia con su objeto? » No hay mas que dos partidos que tomar: ó negar esta de-

finicion, ó sostener que Dios tenia la potestad de crear espíritus que fuesen sus iguales, es decir, Dios. En el primer caso, es afirmar que el efecto puede ser mayor que su causa; en el segundo, es afirmar que lo que existe por otro existe no obstante por sí. Ceded á la evidencia, señores, y no negueis ya al cristianismo esa grande y fuerte verdad, que ninguna inteligencia creada es capaz por sí misma de elevarse á un conocimiento perfecto de Dios, y por consiguiente, á un conocimiento cierto de su destino. La historia os lo prueba, y el racionio acaba de confirmar la historia explicándosla.

¿ Qué falta, pues, para que el hombre se conozca á sí mismo en Dios? Es necesario que se interponga entre Dios y él una luz mediadora, luz que auxilie su naturaleza sin destruirla, que le acerque á lo infinito sin ser ella misma lo infinito. Y si esta mediacion os parece imposible, escuchadme un solo momento.

Vosotros á quienes hablo, sois una alma, y yo que os hablo, soy una alma tambien. Pues bien, ¿ conocéis vosotros mi alma, ó conozco yo la vuestra? No se halla lo infinito entre nosotros, y sin embargo, aunque nos toquemos con nuestros cuerpos, nos separa un abismo. ¿ Quién sois vosotros y quién soy yo? ¿Cuál es el móvil secreto de nuestras acciones? ¿ Adónde nos inclinamos por nuestras debilidades y nuestras virtudes? ¿Cuál es el grado de nuestro poder respecto del bien ó del mal? Lo repito: ¿ quién sois vosotros y quién soy yo? Vosotros veréis en mis actos, y yo en los vuestros, cierto reflejo de lo que somos interiormente; la fisonomía agregará su revelacion á la de nuestras obras; pero podréis decir que me conocéis tal cual yo me conozco, y yo podré persuadirme de que os veo tales cuales os veis vosotros? El alma no conoce al alma, y mientras no se penetre su esencia por una vision directa, no habrá mas que un remedio para esta desgracia: la confidencia ó la confesion, es decir, la manifestacion del alma á el alma por medio de una palabra sincera. La palabra es la luz mediadora entre las cosas iguales que no se ven, y con mayor razon, entre cosas separadas dos veces por su indivisibilidad y su desigualdad. ¿ Por qué no ha de hablar Dios al hombre? ¿ por qué, viéndonos incapaces de llegar hasta él por la debilidad de nuestra naturaleza, no condescenderia á manifestarse á nosotros por una confidencia que nos revelase, con los misterios de su ser, el orden de sus pensamientos y de sus designios? Os he probado que esta revelacion sobrenatural ó profética era necesaria al comercio del hombre con Dios, y acabo de mostraros su instrumento en la palabra. Acabemos esta conferencia probándoos tambien la necesidad

del sacramento, no ya para iluminar el entendimiento, sino para fortificar la voluntad: no ya para enseñarnos nuestro destino, sino para ayur darnos á cumplirlo.

El espíritu es el principio lejano de nuestros actos; la voluntad es su principio inmediato: el entendimiento ve, la voluntad manda, el hombre hace. ¿Y qué es hacer? hacer es producir alguna cosa. Si no habeis producido nada, si vuestra voluntad no ha dado por fruto resultado alguno, no habeis hecho nada; esta es la expresion consagrada por la lengua misma. Así, el hombre no se mueve sino para producir, y cada uno de sus movimientos, aun cuando no den resultado, produce algo, aunque no sea mas que ruido. Mas ¿para qué producir? ¿Por qué no permanece el hombre en reposo? ¿Qué es lo que busca en esa incesante produccion que es el efecto de su actividad? Lo que busca, señores, es la vida. Si respira, es para vivir; si cava la tierra es para vivir; si anda es para vivir; si duerme es para vivir; si muere, es para vivir tambien. Y nunca descansa, por que se le va la vida á medida que la produce. Bébela en una copa avara que no contiene y que no derrama de ella mas que una gota cada vez. Detenerse es morir..... Pero ¿no he dicho ahora mismo que morir era tambien vivir? Sí, en lo verdadero de nuestros destinos, la muerte es el gran tránsito á la vida, con tal que háyamos conocido el secreto de la trama en que obramos, que es producir en nosotros mismos la vida misma de Dios, vida plena, vida estable, vida cada uno de cuyos instantes contiene la eternidad, y que no necesita hacerse, porque existe ya. Hé aquí, señores, el verdadero y último objeto de nuestras acciones. Os lo he demostrado, demostrándoos que Dios es nuestro principio y nuestro fin. Por mas que hagais, si no haceis esto, no haceis nada. Si no haceis esto, sois semejantes al pastor que se sienta á la orilla de una corriente, y que bate el agua que pasa, recreándose con el ruido que ocasiona. La vida presente, cuando no es instrumento de la vida eterna, no tiene otra imagen ni otro precio. En vano pondréis en sus hombros la púrpura de los cónsules; en vano la llamaréis gloria, potestad, inmortalidad, nombres ilustres que no elevan la nada sino para mostrarla de mas alto y de mas lejos. La historia está llena de esos faros extinguidos, mortales famosos que por haber conquistado por un dia las admiraciones de este mundo se juzgaban grandes en la vida, y esperaban de su sepulcro un reino perseverante. Haced esto si quereis: levantáos pirámides en las soledades devastadas de la memoria; abrid alrededor de vuestra muerte diques contra los si-

glos; la eternidad os lo permite, como permite al niño que tropieza en sus primeros pasos subir en brazos de su nodriza para enorgullecerse de ser mas grande que en tierra.

Pero si os disgustan estas puerilidades, si os avergonzais de agregar lo ridículo á la nada, considerad que se trata de producir en vosotros la vida de Dios, y ved si hallais en vuestra naturaleza el instrumento de tan elevada ambicion.

La vida de Dios es infinita: consiste en la perpetuidad de un momento indivisible en que Dios, uno y trino, se ve plenamente en su esencia, y se ama plenamente en sus personas. Ahora bien, nosotros tenemos una total incapacidad de semejante vida. Sometidos por nuestra naturaleza á la sucesion y al cambio, no podemos aspirar al estado indefectible de una inmutable duracion; no podemos ver tampoco cara á cara al ser divino, ni amarle con ese amor perfecto que resulta en él de la vista de su inefable hermosura. Si le vemos, es por entre la sombra de las ideas; si le amamos, es como el principio invisible de los bienes incompletos de que nos hallamos rodeados. Pero verle en su sustancia, amarle con esa mirada que posee el objeto amado, fundirnos en él hasta no sentir mas que el movimiento inmóvil de su eterna vida, es un prodigio cuya posibilidad está tan lejos de nosotros, que solo la fe nos da la certitumbre de su futura realizacion. La razon se rie de esta esperanza; tan incapaz se cree de realizarla. Para ella, el mayor porvenir del hombre es la inmortalidad, es decir, el advenimiento del alma á una duracion que no medirán los sentidos, á una vida cuyo espacio indefinido solo llenarán las ideas. O bien si pasa la razon mas allá, nos lanza los sueños del panteismo, enorgulleciéndose en hacernos Dios con la condicion de perdernos á nosotros mismos en la abstracta inmensidad del ser. El cristianismo ha marcado nuestro lugar entre estos dos excesos; sabiendo que Dios es nuestro fin, nos manda que comencemos á vivir imperfectamente en él, para vivir allí algun dia en la plenitud de una vision que, sin confundirnos con la eseneia divina, nos la dará por objeto presente de un conocimiento directo y de un amor de posesion.

Ahora bien, sea en su forma inicial, sea en su forma última, esta vida divina excede, segun acabo de demostrarlo, á las fuerzas de toda naturaleza mortal. Así como no hay ecuacion natural posible entre una inteligencia limitada y una verdad que no lo es, tampoco podria existir ecuacion natural posible entre la vida de un ser finito y la vida de un ser infinito. Si pues Dios nos llama á su eternidad,